

Un camino de investigación para la doctrina del psicoanálisis

40 años transmitiendo psicoanálisis, en acto y en saber, cubren la vida profesional de un psicoanalista. Empieza a ser el momento de que otra generación coja el deseo y se ponga a su vez a hacerlo. Evidentemente, no lo va a hacer de la misma forma ni frente a los mismos discursos dominantes. Ni que decir tiene que el hecho de que el psicoanálisis tenga coste económico es una dificultad en el mundo social en el que vivimos y vivirán. Un mundo, si es que existe, en el que los individuos disponen cada vez de menos capacidad de decisión sobre su cuerpo y mente. En consecuencia, tienen menos poder de decisión para hacer un recorrido de la estructura topológica de su cadena-nudo, para poder ser *dupes* del universo de la falta y no sólo quererlo suturar al uso. Sutura que se paga con síntomas más o menos constituidos o soluciones peores.

Hay tres transmisiones posibles del psicoanálisis; en acto en la cura, mediante una doctrina no bien situada decitémicamente todavía, y mediante aplicaciones a diferentes campos, sea la salud mental o cualquier otro por venir. Estamos convencidos de que tarde o temprano nos llamarán los practicantes de la denominada Inteligencia Artificial. Y estamos convencidos de ello porque deberán enfrentarse a las paradojas de forma diferente a la actual cuando deban resolver según qué temas. Deberán aprovechar lo que el psicoanálisis descubre en el centro o en el des-centro de los aparatos simbólicos. Además, cuando lo acepten captarán que lo imaginario tendrá que recuperarse, al menos en parte, de su uso actualmente excluido de la ciencia. Es posible que algo de un real imposible y/o contingente deberán introducir en sus discursos para abordar la inter-relación de los robots con los humanos, incluso entre ellos mismos. Para ello los psicoanalistas deberán estar a la altura de su función y construir un psicoanálisis no sólo más elaborado y rigORIZADO para su práctica sino que pueda ser utilizado, aunque algo restringido, para dichos usos. Un discurso se debe medir no sólo por los efectos que produce en su campo sino en los adyacentes.

Es bien sabida mi conjetura: el psicoanálisis es un discurso cuyas tesis, si son convenientemente suturadas, coinciden con muchas de la ciencia y la lógica en particular. Esto está en consonancia con el hecho de que su rigORIZACIÓN implica, si seguimos la senda marcada por Jaques Lacan, la ampliación de las de la lógica científica y otras muchas de la ciencia.

Sirvan como ejemplo el goce en tanto que ampliación del concepto de energía, la lógica de lo real frente a la lógica formal. Es decir, el uso de los diferentes niveles de la falta, ya sea la barra en el Otro, sea la lógica modal ampliada con una nueva negación y un uso distinto de los cuantificadores, sea una diferente manera de situar lo posible y lo contingente, sea el manejo diferente del significante y su topología, frente al signo y su sintaxis, sea el manejo de la letra y de la función de lo escrito. Y finalmente, el uso de un espacio no cartesiano sino borromeo.

Nos hemos dejado para el final el concepto mayor, la subjetividad. La subjetividad que Freud capta y teoriza de entrada mediante la sobredeterminación. Con ella traza la raya

que nunca hay que cruzar entre los dos abordajes en su tiempo de lo real mediante lo simbólico. El azar y la determinación. Ni uno ni otro convienen al psicoanálisis, de ahí que la lógica de la probabilidad, base de lo estocástico, no sea la apropiada para él. Hay subjetividad porque hay *sinthoma*, es decir, porque una estructura construida por una civilización o por un individuo sólo se anuda con los tres registros que recogen el decir en dicho, y ofrece un "espace" para todo el aparato psíquico. Un *sinthoma* define una cultura u otra, y ha sido el del padre, en sus diferentes versiones, el que nos ha dominado los últimos 5000 años. Un nudo añadido pero que aporta una estructura propia, cuyos fallos conocemos como patología, o al menos sufrimiento de cierta severidad, para no ser etnocentristas o algo parecido.

Desde la subjetividad y sus leyes podemos situar la sutura que supone el *sinthoma* denominado de la objetividad de la ciencia. Al revés es imposible y sólo se puede rechazar y reprimir. Pero como ya decía Freud: "la verdad habla bajito pero dice siempre lo mismo". Esta tesis Lacan la expone de otra manera: a la verdad no se la quiere y se la reprime. Por eso la ciencia convierte al medio-decir del lugarteniente de lo real en el concepto puramente formalista de la función verdad. La ciencia, lo que es un gran avance y sin él no existiría el psicoanálisis, quiere un saber verdadero sobre lo real pero no quiere escuchar lo que éste nos dice a medias. Baste ver cómo han dejado el planeta con el maridaje entre ciencias formales y economía capitalista. Confiamos que no se confunda escuchar a ese lugarteniente de lo real con una imaginarización al uso sobre una fusión con la supuesta naturaleza.

En el fondo, el psicoanálisis es un discurso que exige una ética de lo real que no debe confundirse jamás con la moral de lo simbólico. Un ética que implica o exige la responsabilidad del sujeto *dupe*. Sin ella no funciona y se convierte en simple psicoterapia remodificadora para parecer que se vive más adaptado, no al mundo, sino al propio síntoma, si es que lo hay, o a sus suplentes.

Es una responsabilidad que genera un deuda con el propio discurso y su práctica a aquellos que se han beneficiado de él. La del psicoanalista que Lacan quería es la que le lleva a mejorar la doctrina y el dispositivo. Y aquí entramos ya en la clínica general, psicoanalítica y del denominado *pase*. No hay clínica sin desprender una doctrina de la praxis imbricada en el deseo del psicoanalista. Esto nos obliga a utilizar dicha doctrina con rigor y a construir la doctrina de ese rigor. Un rigor que no se puede basar simplemente en el científico. Una vez más, hay que ampliar. No podemos quedarnos con el método científico. No se trata de consistencias y refutaciones en la teoría y la validación vía empírica. No se trata de ajustarse consistentemente a una verdad real, sino de saber qué se construyó frente a los imposibles que en cada nivel se le presentan al sujeto por ser *dupe* del universo de la falta. Es lo que denominamos los diferentes niveles de la castración: cómo el sujeto se relaciona con lo que le faltará siempre y lo que nunca podrá escribir, y en consecuencia no podrá mas que significar a medias y parcialmente. Sin olvidar que, porque así lo ha querido la biología, es un ser para la muerte. Muerte física que no se inscribe nunca mas que como lo que se pierde por constituirse como

sujeto dividido, el objeto @ en su faz de causa del deseo. Muerte simbólica si el sujeto dividido no se puede sostener de un discurso.

Si los individuos fenecen no queda más remedio que apelar, como *sinthoma*, a una estructura que enlace, organice, encadene u ordene la sucesión de generaciones. Lo denominamos una antropología, siempre dependiente de una religión. Una sucesión de religiones que se van constituyendo siempre basándose en la estructura base que el psicoanálisis plantea, la de *Lalengua* y sus lenguajes. Esta estructura se articula con la del lenguaje, que impone dos vías: la función de la palabra y la de lo escrito, articulándose y entremezclándose de forma que aún no conocemos bien. La función en la antropología, del padre habitualmente, y la del Otro y su estricta necesidad para invocarle y utilizar el poder de la palabra. Siendo la primera y fallida articulación lo que Lacan denominó la metáfora paterna pero que tantos buenos resultados dio para empezar, no terminar, a entender las grandes psicosis psiquiátricas. Un magnífico camino que abrió para entender la significación subjetiva de los sujetos con respecto a la sexuación en dos lados cuando sólo se dispone de un significante que marca la diferencia pero nada más.

Es una estructura del lenguaje vista como la que se basa en el significante previo a la constitución de una lengua concreta. Se trata del denominado *semblante*. Una estructura que nos exige primero captar su dimensión de semblante para el significante y todo ello antes de entender la función de la letra que siempre se subordina a la rotura de dicho semblante y a las operaciones de *goteo* o *arrebato*. Sin olvidar la más elaborada del *surcado* (*abarrancamiento*). Lo que podríamos definir como la subjetividad en *marcha*.

Si trabajamos con un espacio más elemental que el cartesiano y con el significante previo al signo, no es de extrañar el recurso a la topología y sobre todo a las nuevas lógicas que vamos construyendo. Éstas nos permiten rigorizar con los elementos más básicos del espacio o de la lógica combinatoria (basada ahora en la teoría de cadenas) lo que escuchamos operar tanto en el sujeto normal, si es que existe, neurótico, perverso, psicótico. Y sobre todo nos permite diferenciar con más precisión las formas de operar y significar, como pueden, las personalidades psicóticas. Sin olvidarnos de las herramientas que nos proveen para abordar el EA, desde el caso más grave al muy sutil de individuos que pasan por atípicos en el sentido neurológico o social.

Una rigorización más profunda o simple, incluso más superficial, que la clásica de la filosofía basada en la razón. Razón que, con modificaciones, se ha extendido en la ciencia. Una nueva razón denominada ya por Lacan al principio de su enseñanza *La instancia de la letra o la otra razón después de Freud*. Otra razón que al mismo tiempo que nos separa de la astucia de la razón de la filosofía, nos acerca metonímicamente a la razón de la ciencia. De la ciencia somos herederos, pero haciendo un corte en acto con ella para ampliarla y denunciarla si es preciso.

Viene ahora un pequeño listado de los avances conseguidos con dicha rigorización en la construcción de una clínica psicoanalítica. El primero y más fecundo es situar que ni lo real ni lo imaginario nos envían signos. Es decir, no se trata ya de un noúmeno que

permite visualizar un fenómeno que será captado mediante una semiología o una semiótica. Ni las imágenes o las *Vorstellungen* imaginarias proceden de un real, sino que se adjuntan a él ofreciendo una mínima construcción de un sentido cuando se entra en el lenguaje. De hecho pueden adjuntarse también a lo simbólico, de modo que podemos construir el arte. Esta imaginarización ayuda mucho a entender, además de las denominadas neurosis de guerra, ahora ampliada al trastorno por estrés post-traumático, el concepto de lo traumático como aquello que no ha podido tratarse con el significante sobre lo real y sólo puede tratarse con una imaginarización de un significante metonímico que vuelve una vez y otra porque la imagen no puede deshacerse como el significante en cortes y pedazos. No puede hacerse una significación con una imaginarización de un significante y por ello vuelve como si fuese un elemento de un patchwork.

Por otro lado, la teoría del significante, que leerán en el escrito de *La Carta Robada* y más elaborado en el escrito *Función y campo...* permite entender al cuerpo hablante como un cuerpo afectado por dicho significante y no a un significante-signo que representa a un fenómeno orgánico. El mejor ejemplo actual es la fibromialgia. Un cuerpo encorsetado por una malla significativa sin un agujero o rasgadura que permita el drenado de goce (con el efecto de relajación consiguiente). Algo semejante a lo que nuestra antropología religiosa denominó el rasgado del velo del templo tras la muerte de Cristo. No se trata ahora sólo de desvelar un vacío, sino de que el goce no esté envuelto en su propia contigüidad¹. Los signos denotativos sólo se encabalgan en connotaciones y metalenguajes como nos plantea Roland Barthes. Los significantes, por contra, pueden topologizarse en cadenas y su teoría nos ofrece la categoría de la contigüidad, o dicho de forma muy sencilla: entre las cadenas y sus próximas, tras las operaciones, no hay abertura ninguna. Es lo más parecido, en la teoría de cadenas de la topología algebraica, a la compacidad en la topología de conjuntos. La primera para el significante y la segunda para el objeto @.

Con las cadenas significantes podremos obtener la construcción del sujeto que nos permite el tercer registro o simbólico unido al *sinthome* y a la lengua y sus lenguajes que hemos comentado más arriba.

Evidentemente, si no hay signos, la significación necesitará un proceso más complejo para construirse, y este proceso tiene dos efectos, el de sentido entre simbólico e imaginario y el *denotativo* entre simbólico y goce y más tarde sobre lo real. Aquí es cuando, además de los efectos retóricos para el sentido o los efectos lógicos de las operaciones de lógica combinatoria que el significante permite mucho más allá que el signo, se nos impone la teoría de la función de lo escrito. El campo del lenguaje lacaniano no sólo introduce la lengua y la *Parole*, como en el lingüístico, donde queda la escritura como un añadido. En la doctrina psicoanalítica la función de lo escrito pertenece también al lenguaje y es la que permite los efectos más importantes sobre lo real. Ésta es la que, articulada con una tópica, aprovecha la posibilidad de que el significante, en su

¹ Que es como nos lo propone Lacan en su escrito *Ideas directivas para...*

dimensión de semblante (apariencia) y sus roturas, imponga cierta estructuración al campo del significado.

Entendemos que la apariencia es lo que el significante produce, dado el registro imaginario, y no es, como hemos dicho, signo de nada. Un signo supone una construcción posterior que debe efectuarse por el sujeto o por la comunidad. Por eso, cuando Lacan define el concepto de discurso y quiere anclarlo con el registro real, aunque parta del significante en el lugar del agente-semblante, nos dice que quiere un discurso que no sea de la apariencia. Lean el escrito *Lituraterre* y verán cómo desgrana lo que digo yo que dice él. El discurso debe ser movido por lo real pero no se trata de que lo real produzca, sino que **suspeora** por lo que no puede producir. Aquí aparece la otra cara de la función de lo escrito entre lo real y lo simbólico, es decir el camino inverso a la significación. Lo que desde lo real se escribe en lo simbólico mediante una lógica modal alética modificada de nuevo para el universo de la falta. Lo imposible: la escritura de la relación sexual imposible de escribir. Lo necesario: el significante Uno. Lo posible: las palabras. Lo contingente: el significante fálico. Con él se construirá toda una dialéctica basada en la lógica cuantificacional modificada para repartir el goce. Modificada por ampliación de la científica.

Todo ello teniendo en cuenta que si para la construcción del sujeto el significante mayor era el de una falta en el Otro, $S(\mathbb{A})$, ahora el significante fálico es elevado a función fálica y es el que con los cuantificadores y la nueva negación efectuará la sexuación del sujeto. Dicho con más precisión, la primera parte de la sexuación: de qué lado se sitúa el sujeto en los dos manejos-repartos posibles del goce. De forma que los otros sexos deberán, hasta nueva orden, obtenerse de fallos en esa dialéctica. Eso lo hemos establecido mínimamente en nuestro texto aún inacabado: <http://carlosbermejo.net/ficheros-de-teoria/>.

Finalmente retomamos el concepto de subjetividad y la topología de registros como los que pueden recoger las dit-mensiones del decir. Lo que el decir, que está más allá de ellos, permite estructurar en las cadenas-nudo borromeas o "finkeanas" o del tipo que sean. Cadenas que nos permitan situar, además de diferentes nominaciones y sinthomas borromeos, lo que hemos denominado personalidades psicóticas², siguiendo el camino abierto por Lacan con Joyce. Lo hacemos partiendo de que el sinthoma no está anudado borromeamente. Éste está situado en uno de los tres posibles fallos del cruce entre dos registros. Tenemos así tres tipos de personalidades psicóticas: afectivas, esquizofrénicas y comportamentales. Cada una de ellas puede ser subdividida en tres tipos en función del tipo de sinthoma con el que reparan el cruce fallido de lo que hubiese sido una personalidad paranoica. Según que el sinthoma sea de estructura imaginaria, simbólica o real podremos establecer mejor la pseudotópica borromea que se efectúa mediante el sinthoma y dos registros, dejando siempre al tercero fuera. Esto nos permite abordar las

² Ver nuestro libro, *El rigor en el psicoanálisis. Su sinthoma y sus escrituras*.
<http://carlosbermejo.net/publicaciones/>

mal denominadas psicosis ordinarias y separar las psicosis de las personalidades psicóticas, ya que no son lo mismo en absoluto.

Remarcamos que partimos de la personalidad psicótica paranoica porque ésta es la más estable siendo su sinthoma el propio anudamiento borromeo. Anudamiento que falla en las otras nueve propuestas por nosotros. Además se puede o se debe captar en cada caso qué estructura aporta el sinthoma, sea del tipo que sea. El sinthoma no es un registro, está constituido por un tipo de compuestos y en su caso estructurados de alguna manera. Esta estructura, en analogía a la del padre simbólico borromeo con su estructura de orden y con todas sus complicaciones, es la que nos explicará cómo el sujeto aborda la sexuación y su filiación. Además dirá dónde está situado su objeto @ y qué caras están imbricadas en la tópica elemental pseudoborromea y en consecuencia qué cara queda desconectada. Además podremos inferir las tópicas duales que, añadidas a la pseudoborromea, nos informarán de cómo opera el sujeto en todas las realidades psíquicas que tiene que construir.

Como ven, un estallido de la clínica, que ya no es tan simple, y un paso de gigante para abordar lo que nos interpela en la praxis.

Carlos Bermejo
Barcelona, Marzo de 2021